

Joaquín Fabrellas, *República del aire*, (Prólogo-espejo de Sergio R. Franco) Sevilla, La Isla de Siltolá, col. Tierra, 2015, 76 pp.

Joaquín Fabrellas (Jaén, 1975) ha publicado el poemario *República del aire*, que alude gozosamente desde su propio título a la *República* de Platón. Las referencias platónicas y neoplatónicas son varias, y no en vano la parte tercera del libro, que a su vez se presenta como eje del conjunto, se titula «III. Neoplatonismo». Esta parte consta de un único poema en prosa, de estirpe fragmentaria titulado «Telegrama» (pp. 51-53), que bien podría considerarse uno de los propósitos basilares de *República del aire*. No olvidemos que la *República* de Platón es un tratado político, y en esa dimensión humana, del *bíos politikós*, tratando de volver a enlazar vínculos colectivos del hombre, se halla este libro. Ese volver a enlazar se encuentra antropológicamente –y no sólo– del lado de la religión, re-ligar, volver a unir, y así nos lo recuerda el autor: «y pensabais que la religión / era un oscuro sentimiento de sombra / y lo plasmáis en el aire / junto al gesto vacío del vuelo del pájaro» (p. 64, de «Adoradores»), y así aparece la idea de pecado, como mucho antes en el poema «Salmo del caído» (pp. 26-28). El pecado golpea transversalmente como castigo, evidentemente, para todos aquellos que no cumplen con las normas o leyes, y en una sociedad donde el capitalismo avanzado y el consumismo imperan a sus anchas, «la sonrisa del hombre solo pretende esconder la negrura del pecado» (ibíd., p. 27). Además, «Salmo del caído» muestra la conciencia de que esa República es un sueño utópico que, aunque no dejemos de renunciar, forma parte más del Mito de la Caverna que de otra cosa. «Ya que todo es tuyo, sal de la jaula en que te pusieron, en donde te amamantaron infeliz, tu república del aire, tú, monarca de los accidentes: ven, comprueba conmigo que adonde has llegado es solo una jaula más amable y sin muros a la que llaman mundo, aquí todo es invisible.» (ibíd.), para acabar con este verso magnífico: «Y comprenderás que todo esto es el linaje del hombre» (p. 28). Sabemos cómo se encuentra el pensamiento utópico hoy día, pero no por eso vamos a renunciar a nuestra conciencia. Nos referimos a esa conciencia de estar ante un imposible –de herencia romántica– que motiva por momentos que la voz poética eleve su invocación, a veces desgarradura, al nivel del grito: «El alimento de la discordia / de tu deseo / espanta en las calles / el desorden de tu grito / lanzado al vacío, / tu condena [...]» (p. 62, de «Terminal»), aquejado de angustia y desazón, «en la pronunciación inexacta de vuestro desencanto» (ibíd., p. 65). El aire, la otra parte del sintagma del título, remite a lo etéreo, a la niñez y a la infancia... en cualquier caso: a la pureza, a la ingenuidad y a la candidez, pero también a la simplicidad, a la solución o salida del posibilismo, y se agradece esa lectura. No podemos renunciar a nuestros sueños, por utópicos que sean. Y si la utopía se encuentra en horas bajas, hay que refundarla, hay que refundar una *República del aire*, que es la República de cada uno de nosotros mismos.

Bien diseñado en cinco secciones, el neoplatonismo alumbra este poemario, impregnándolas de una revisión posmoderna –en clave progresista– que quiere

conjugar, una vez más —a sabiendas de que no lo conseguirá, pero no por eso va a desistir del intento— el conocimiento de los hombres con un estado/Estado ideal del hombre, porque ambos se encuentran conectados íntimamente: «La luz ensucia esta escena / porque nadie sabe interpretar la belleza», nos dice en «Paisaje rebelde» (p. 32). Pero, ¿qué es la belleza?, preguntaba Sócrates-Platón a sus discípulos, y a todos rebatía, a través de su método dialéctico, las respuestas. Pero — más aún — este «Paisaje rebelde» revierte lo dicho y hace ver que el concepto de verdad no se corresponde con el de belleza: «El cisne escarba entre la mierda trozos de plástico / de algún amor improvisado, / contempla este paisaje, / esta belleza absurda / de todos los hombres que pasan / y no entienden lo que han visto.» (ibíd.) Angustia existencial del estado interior del individuo, dudas y cuestionamientos alejados de metafísicas y muy cercanos a problemáticas materiales, como en «Materia olvidada» (p. 57), que posee un correlato, como decimos, en lo colectivo, plasmándose en el Estado que configura nuestra manera de relacionarnos en sociedad. Individuo con proyección colectiva que al fin y al cabo conforma nuestro nivel biopolítico, en términos foucaultianos, y que nos determina, pues nadie se encuentra ajeno a los demás, a los otros, incluidas nuestra propia otredad rimbaudiana. Por eso el final de este poemario es un «Colofón» donde se rematan, con dos sonetos sin título, ambas ideas, la del individuo aislado, «tomado de uno en uno», que escribiría desde su angustia existencial también Blas de Otero, o sea destinado al olvido, «[...] soy nativo / de la ausencia o silencio, ya arrojado / a la nada de la que estoy cautivo.» (p. 69); y la del colectivo que no puede redimirse, religarse, volver a conectarse al «nosotros», por lo que significa de sueños corrompidos, de utopía fracasada, ya sea en versión sagrada o laica: «De la maldad nacidos y su esencia, / todo lo vivo en vano se cumplió» (p. 70). Sin esperanza, de acuerdo, pero a pesar de todo, a modo de esperanza, recordando el título de José Ángel Valente.

La alegoría o metáfora alargada del espejo, con la cual se inaugura el poemario, «*Speculum vitae*» se titula la primera parte, y que aparece y desaparece en varios momentos, sirve para presentar, casi de manera virginal, pero siempre de manera crítica, a ese ser que se interroga y trata de comprender lo que ve, en el misterio inefable del yo, en los abismos insondables del sujeto contemporáneo, en sus vínculos rotos con los demás, incluso consigo mismo, en la época del fin de los grandes relatos, y la crisis de la modernidad. Un tiempo que, no olvidemos, se mantiene con «La estación rota» (pp. 29-31) en «[...] un estío indeciso entre tan alta / tiniebla.» (p. 31). No obstante estas adversidades, la mirada del sujeto frente al espejo también sirve para desarrollar una noción crítica acorde a esa desconfianza ante el fin de las utopías, no sólo rebelándose y revelando «la dolorosa condición de su insignificancia» (pp. 14-15), como bien apunta Sergio R. Franco en su prólogo, sino también denunciando la idolatría o endiosamiento actual, los egos bien pagados de sí mismos, a quien al fin y al cabo el yo verbal y poético odia «[...] tanto porque me recuerdan / minuciosamente / cada palabra, cada gesto / a la cobarde apariencia / de mí mismo ante el espejo.» (p. 58, de «Narciso»). El yo del poema — convengamos en que se parece bastante al autor, pero no como un calco — se confiesa de este modo entonando así su canto autocrítico, y ya es de agradecer en estos tiempos que corren.

Ciertamente estamos, con esta *República del aire*, ante un libro bien armado e importante, y una mirada atenta apreciará su sabia arquitectura, su cuidado retórico, sus preocupaciones y su indagación teórica, con resultado de su propuesta lírica. El conjunto es altamente recomendable: Joaquín Fabrellas nos ha entregado un poemario que a buen seguro en las manos de los lectores avisados no pasará desapercibido.

Juan Carlos Abril

